

No hay ciudad permanente



La Escritura nos dice que en esta vida no tenemos ciudad permanente. Es cierto. Pero, al parecer, tampoco tenemos una casa, una escuela, un vecindario, un pueblo, una dirección con código postal, ni casi nada que sea permanente. Al final, nada dura.

Quizá mi caso no sea típico, pues muchas cosas en mi vida no han durado. Mis abuelos eran inmigrantes, rusos-alemanes, que se trasladaron a las praderas canadienses y fueron de los primeros agricultores que labraron la tierra allí a principios del siglo XX. Eran jóvenes, como lo era entonces la vida en las praderas, y su generación fundó nuevas granjas, escuelas, pueblos y ciudades en las grandes llanuras de Canadá y Estados Unidos. Yo nací en la segunda generación de todo aquello, pero justo cuando la urbanización y otros cambios ya empezaban a provocar la desaparición de gran parte de lo que ellos habían construido.

Esta es mi propia experiencia de que no tenemos una ciudad permanente: La escuela primaria a la que iba cerró cuando acabé sexto año. Nos trasladaron a una escuela centralizada más grande y derribaron el edificio de nuestra antigua escuela. Hoy no queda nada que indique que allí hubo una escuela. La nueva escuela a la que asistí cerró varios años después de graduarme. El edificio en fue arrasado y hoy el antiguo campus forma parte de un campo de labranza, con sólo una pequeña placa que indica que allí hubo una vez una vida vibrante, con cientos de voces jóvenes que llenaban el aire de energía.

Aquel colegio estaba a un par de kilómetros de una pequeña ciudad y esa misma ciudad ha desaparecido ahora por completo, sin que quede ni un solo edificio.

Pasé del instituto a un noviciado oblato situado en el corazón del valle de Qu'Appelle, un hermoso edificio señorial junto a un lago. Varios años después de graduarme allí, el edificio se vendió y poco después quedó destruido en un incendio. Ahora sólo queda una pradera vacía. De allí me trasladé a otro seminario, un magnífico edificio antiguo (antigua Casa de Gobierno de los Territorios del Noroeste) y pasé allí seis maravillosos años. De nuevo, varios años después de graduarme, el edificio quedó abandonado y también acabó destruido por un incendio.

De allí me trasladé al Newman Theological College de Edmonton, donde pasé los quince años siguientes. El Newman College tenía un hermoso campus en las afueras de la ciudad, pero varios años después de que yo lo abandonara, la ciudad lo expropió para construir una carretera de circunvalación y todos sus edificios fueron arrasados. De allí me trasladé a un edificio maravillosamente hogareño, la residencia provincial oblata de Saskatoon. Varios años después, cuando ya me había mudado, el edificio también fue arrasado y ya no queda nada de lo que fue. Y, mientras todo esto sucedía, la pequeña ciudad a la que nuestra familia estaba conectada (por el correo, por los comestibles, por los servicios, por la identidad) se convirtió en una ciudad fantasma sin habitantes, con todos sus edificios cerrados.

Finalmente, me trasladé a la Escuela Oblata de Teología de Texas para vivir en una acogedora casita destinada al presidente de la escuela. Sin embargo, al cabo de unos años, el terreno en el que se encontraba era necesario para construir un nuevo seminario y la casa también fue arrasada. Por último, lo más doloroso de todo, hace dos años, nuestra casa familiar, nuestro hogar durante más de 70 años, fue vendida y los nuevos propietarios (lo suficientemente sensibles como para pedir permiso a nuestra familia para hacerlo) quemaron la vieja casa hasta los cimientos.

Son muchas las raíces que desaparecen: mi escuela primaria, mi escuela secundaria, la ciudad a la que nuestra familia estaba vinculada, los dos seminarios en los que me gradué, la universidad en la que enseñé por primera vez, las dos casas oblatas en las que pasé años maravillosos, y la casa familiar, todo desaparecido, arrasado, sin nada a lo que volver.

¿Qué te hace sentir eso? Bueno, nostalgia, sí. Cómo me gustaría volver a entrar en cualquiera de esos edificios, sentir lo que una vez significaron para mí y deleitarme con sus recuerdos. Nada de eso puede ocurrir. Cada uno de ellos es una mini muerte, que deja sin raíces una parte de mi alma. Por otro lado, y de forma más positiva, todo ese desprendimiento no deseado me está ayudando a prepararme para un desprendimiento definitivo, cuando me enfrente a mi propia muerte, y no sólo a un sentimiento nostálgico.

Además, esto me ha enseñado otra cosa importante. Los edificios y las casas pueden desaparecer, pero el hogar no depende de ellos. René Fumoleau, poeta de la tribu Dene, cuenta que una vez visitó a una familia al día siguiente de que su casa hubiera sido destruida por el fuego y mantuvo esta conversación con una niña:

Al día siguiente visité a la familia quemada.

¿Qué podía decir después de semejante tragedia?

Lo intenté con la hija de diez años:
'Juana, debes sentirte fatal sin casa'.
La niña sabía que no era así:
Oh, todavía tenemos nuestro hogar,
pero no tenemos casa que ponerle". (Hogar - Aquí me siento)

Sí, aún podemos tener un hogar, incluso sin nuestra antigua casa sobre él.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/no-hay-ciudad-permanente